

La escuela como escenario para compartir la vida

Deibar René Hurtado Herrera
Vicerrector de Cultura y Bienestar
Universidad del Cauca

*“En cuestiones de cultura y saber, solo se pierde lo que se guarda,
solo se gana lo que se da.”*

Antonio Machado

Si algo se ha visto afectado por el confinamiento es la escuela, y cuando digo la escuela me estoy refiriendo a todos los niveles educativos que hacen parte del proceso de escolarización, sea preescolar, básica, media vocacional o estudios universitarios. En esta situación de pandemia, se han hecho evidentes las grandes dificultades económicas de muchas familias colombianas que quizás aliviaban a través del restaurante escolar una de las necesidades básicas, como es la alimentación, convirtiéndose el desayuno y el almuerzo escolar en una de las mayores motivaciones para asistir a la escuela. Igualmente, la pandemia mostró que eso que los teóricos han llamado “la brecha digital” era una realidad no solo por las grandes dificultades de acceso a internet y la falta de equipos de estudiantes y maestros, sino también por la falta de competencias pedagógicas para su uso, situación que se agrava en entornos rurales en donde en muchos casos solo existe un teléfono celular para toda la familia, si es que existe.

La escuela es un escenario de reproducción cultural muy importante, no solo por los contenidos que ahí se transmiten y que tienen el propósito de formar al sujeto racional, al ciudadano y al trabajador, sino porque es un escenario de socialización en donde se comparten otro tipo de saberes y prácticas que están por fuera del currículo escolar y que a mi juicio en ocasiones son los aprendizajes más importantes que nos deja. Hoy más nunca nos hacemos conscientes que la tarea de la escuela, la tarea formativa, no solo es transmitir el conocimiento, idea que esta explícita cuando los maestros decimos que vamos a “dictar clases”, lo que sin duda podemos hacer de manera virtual o a través de los momentos sincrónicos de la prespecialidad asistida por las TIC, como la llaman ahora, sino en el compartir con los niños y las niñas, con las y los jóvenes e incluso con los colegas y a través de la pedagogía del ejemplo, compartir la pasión que se tiene por el conocimiento, la posibilidad de emprender nuevas búsquedas, de hacerse preguntas y arriesgarse a formular respuestas, a buscarlas con ahínco, a mirar de otra manera, a pensar por sí mismo y con el otro.

Creo que la escuela, como espacio de socialización, es quizás lo que más ha sido afectado por el confinamiento, la posibilidad del encuentro con otros diferentes, con otros y otras que arrastran unas historias de vida y que tienen diversas maneras de asumirla. El contacto corporal, el abrazo, el tacto, las conversaciones largas, el juego con personas distintas a las de nuestro entorno familiar. Esos conocimientos tácitos que solo se dan en los procesos de socialización, en el encuentro cara a cara y que son parte de la cotidianidad escolar. No es raro encontrar que la respuesta que nos dan los niños y

las niñas a la pregunta de ¿qué es lo que más extrañan de la escuela? sea a sus compañeritos, y como el recreo, la clase de Educación Física, las actividades artísticas son el espacio que les permiten relacionarse de otro modo con ellos y con el profesor; y el espacio para poderse mostrar como realmente son. En la universidad siempre estoy invitando a nuestros (as) estudiantes de primer semestre a “vivir la universidad” en esos otros espacios culturales, deportivos, recreativos, de formación política, a manera de posibilidad de encuentro en torno a un interés común.

Quizás esa escuela que extrañan los niños y las niñas, la escuela en donde se vive, se comparte, en donde te sensibilizas a las realidades de otros, en donde te comprometes contigo mismo y con tu entorno, en donde emprendes caminos de transformación; esa escuela en donde te contaminas de la diferencia que enriquece, de la multiplicidad, de la universalidad, esa es la escuela que hoy también extraño y de la que soy parte como maestro. Un escenario plural que en la experiencia corpórea configura nuestra humanidad, que en el lenguaje integra las emociones, los sentires y saberes, y propicia las condiciones para convivir, para negociar, para lograr concesos y resolver los conflictos; una humanidad que es co-construida y que se configura en esa kinesis y esa proxemia, en esa co-presencia, en ese convivir, en ese compartir de trayectorias vitales y de universos simbólicos que se han hecho cuerpo.

Hay quienes afirman que debemos hacer de nuestros problemas una oportunidad, en lo particular los invito a resignificar nuestro espacio de trabajo y la tarea que desempeñamos, a anhelar volver a la presencialidad cuando todo esto pase, a cambiar aquello que llamamos “volver a la normalidad” para hacer de nuestra tarea educativa una oportunidad para dar, para darnos, para contaminarnos, no de Covid 19, sino de vida.